

LA TRADUCCIÓN: tormento y pasión

Jorge Rouvalis

Cuando era traductor en el Parlamento Europeo, traductor “super oficial”, leí una noticia que me impresionó tanto, que guardé el recorte durante mucho tiempo. Claro que luego lo perdí, pero eso ya no tiene importancia. Era una necrología sobre un traductor danés, que siendo oficial del ejército, se puso a traducir a autores sobre todo franceses como Victor Hugo, Anatole France, Balzac... La traducción se apoderó tanto de él, que renunció a su trabajito seguro para dedicarse completamente a este tipo de creación.

En el Parlamento las cosas no eran tan impresionantes. Durante los dos años que estuve ahí, traducíamos sobre todo el Orden del día de reuniones de diversas comisiones parlamentarias e informes sobre los temas más disparatados. Sobresale el recuerdo de la página más difícil que en mi vida tuve que traducir, llena de especies de peces... felizmente existía un diccionario ictiológico en varias lenguas diferentes, portugués, turco, noruego y por supuesto español y francés. Entre los pocos informes interesantes, uno sobre temas de armamento. Pero habitualmente, los textos que nos daban para traducir, eran a menudo enmiendas de medio renglón, tan aburridos y escritos tan improvisadamente que hasta una máquina podía haberlos traducido. Por supuesto, el Parlamento investigaba tales sistemas automáticos de traducción, pero no había avanzado mucho.

Mi pasión por la traducción nació con la literatura, especialmente con la prosa. Claro que en mi adolescencia había admirado mucho algunos poemas de Jacques Prevert sobre la vida cotidiana, tanto como para desear traducirlos. Más tarde, pasados mis veinte años, llegué a enamorarme tanto de algunos escritores latinoamericanos, entre otros, José Emilio Pacheco, Octavio Paz, Julio Ramón Ribeyro, Guillermo Cabrera Infante, Alfredo Bryce Echenique, enamorado de sus obras, obviamente, que me dije terminando algún libro, cuento o novela –algún día traduciré esto! Quería hacer partícipe a los demás griegos de mi admiración por aquellos maestros. Sin embargo, para realizarlo y ver impresos esos textos, en ocasiones esperé, 10, y hasta 20 y más años! ... pero, lo logré! Esto implicó encontrar primero el tiempo para traducir y sobre todo, convencer a algunos marcianos, los editores, de la grandeza que escondían aquellas páginas. Cuántas visitas, cuántas citas, cuántas llamadas, cuántos aplazamientos, cuántas secretarías que te detienen, cuánto viajaban al extranjero aquellos seres difíciles de encontrar...! A uno de ellos, le aceché durante tres años únicamente para verlo, luego, me retuvo un montón de libros, no editó ninguno y todavía 18 meses después, sigo esperando una respuesta. Pero, soy como los perros que muerden y no

sueltan, cuando algún texto me gusta, o más bien cuando me seduce a fondo... qué bien que no me gano la vida con ello! Sólo soy capaz de iniciar luchas de ese tipo por algo que me llegue profundamente.

Dónde encuentro a los escritores? leyendo, leyendo, leyendo y, viajando, viajando, viajando. Hay que poseer una curiosidad insaciable, entrar en las librerías y llevarse todo – una vez me compré 70 libros en un pequeño país latinoamericano–, pidiendo consejo al librero y comprando de todo, novela, poesía, cuento, historia, arte. Hay que buscar antologías, entrar a internet, interrogar a amigos y conocidos sobre los buenos escritores. De los diez que leerás, te gustará para traducir uno o dos. A los cuales les sacarás todo el jugo. Y cuando te canses de esos nombres, más bien de esas vidas, buscarás a otros nuevos.

Dificultades? Cuando quieres, no existen. Si el autor vive, siempre podrás enviarle una lista de tus dudas, generalmente responden. Tus dudas provienen sobre todo de tu ignorancia acerca de su país y de sus costumbres; y por extensión, del vocabulario especial que el autor utiliza. Existen diccionarios específicos y sobre todo alguna persona que provenga de ese país que pueda elucidar inmediatamente tus dudas sobre las expresiones idiomáticas. Cuando hayas visitado el país respectivo, hayas leído sobre su historia, su arte, su gente y hayas escuchado la lengua viva de sus habitantes, ningún obstáculo será invencible. Es necesario dar a entender al lector griego sea con asteriscos, notas a pie de página (que a mí me disgustan), sea incorporando al texto luego de una coma, la traducción exacta de la palabra u otra palabra o frase, que la explique. Lo que no tiene traducción, es decir, que no existe en nuestro país, ejemplo, frutas tropicales, comidas, etc. se deja como está en el original.

Tu objetivo es que el lector común pruebe todo lo que tú, especialista, has probado, pero con palabras que traduzcan sabores, perfumes, sentimientos, costumbres y situaciones, un estilo, todo lo que constituye la magia de la literatura.

Jorge Rouvalis estudió en Atenas y en París, entre otras cosas, derecho, historia y estudios latinoamericanos. Es profesor universitario y traductor, ha publicado artículos, cuentos y poemas.